

# LA CRISIS UNIVERSITARIA

EN EL MUNDO ACTUAL NO HAY EXPANSIÓN ECONÓMICA SIN FORMACIÓN UNIVERSITARIA DE CALIDAD, Y LA ADECUADA INVERSIÓN EN LA UNIVERSIDAD ES LA ÚNICA GARANTÍA DE FUTURO.



JOSEP GUITART I DURAN SUBDIRECTOR GENERAL DE UNIVERSIDADES.  
GENERALITAT DE CATALUÑA

La Generalitat cree en las universidades catalanas y está convencida, absolutamente, de que Cataluña necesita, como cualquier país que aspire a tener un presente y un futuro de desarrollo cultural científico y tecnológico, más universidades con todos los medios materiales y humanos necesarios para poder ejercer sus funciones y responder a las necesidades y los problemas que la sociedad plantea". Con estas palabras afirmativas cerraba, y en cierto modo resumía, en diciembre de 1986, su discurso programático el Director General de Universidades de la Generalitat de Cataluña.

Las universidades catalanas, transferidas a la Generalitat desde 1985, presentan una problemática de fondo muy parecida a la de las universidades de los países de

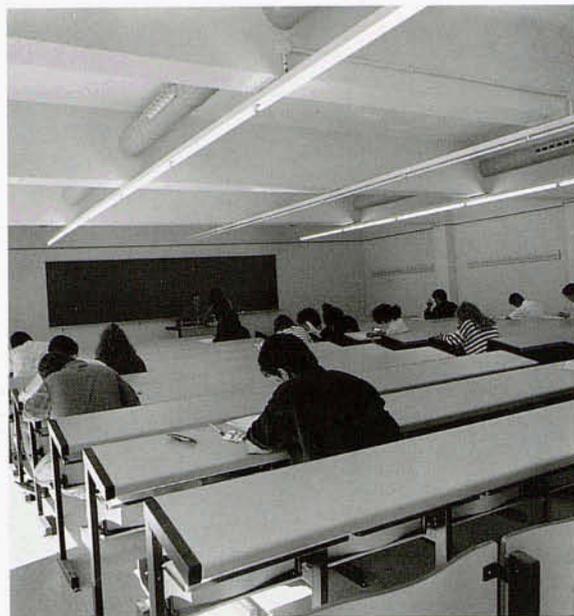
su entorno cultural próximo, a la que sería necesario añadir la propia de una universidad comprometida con un pueblo que, como el catalán, debe luchar todavía por su propia reconstrucción nacional.

En términos generales, sería perfectamente aplicable a Cataluña, aunque con matices, el diagnóstico que hace poco tiempo hacía el señor Prigent con respecto a la Universidad francesa que, a su entender, se enfrenta hoy con tres crisis paralelas: una crisis de identidad, una crisis de confianza y una crisis de medios.

Por lo que a la primera se refiere, es evidente que la discusión y definición de lo que debe ser nuestra universidad está más presente que nunca, aunque pocas veces se plantee con claridad debido a la misma conflictividad del tema. ¿Debe ser selectiva la universidad?, ¿y con qué ri-

gor?, ¿o tal vez su misión sea proporcionar titulación superior al mayor número posible de ciudadanos, pese a los riesgos de subsiguiente masificación estudiantil?

¿Debe la Universidad proporcionar, prioritariamente, una información encaminada a preparar para el ejercicio de una determinada profesión en un lugar de trabajo prediseñado?, ¿o tal vez debe permitir una formación cultural íntegra, al margen de las preocupaciones económicas y de las demandas del mercado? Por lo que a los titulares se refiere. ¿Debe primarse el número o la calidad? ¿Debe aceptarse como inevitable la secundarización de los estudios universitarios de primer y segundo ciclo y trasladar los viejos ideales universitarios a los ciclos de post-grado?...



ELOI BONJOCH

Estas preguntas, expuestas aquí en su formulación extrema, son todavía cuestiones no resueltas. Y sin duda alguna, planteadas a colectivos universitarios suscitarían largas y duras discusiones y tomas de posición seguramente bien diferenciadas. Y tal vez también nos produciría más de una sorpresa escuchar, por ejemplo, a un empresario vinculado al Consejo Social de alguna universidad defendiendo que los ingenieros deben estudiar más filosofía, o que la cualidad más importante para la que debe prepararse el universitario es su capacidad de adaptación a las necesidades de la realidad socio-económica y tecnológica, que cada día cambian con mayor rapidez.

La crisis de identidad, por lo tanto, se vive hoy intensamente en las universidades catalanas. Pero la bien definida tendencia a profundizar sin dilación en esta problemática, y la firme voluntad de apertura que manifiestan los responsables del gobierno de las universidades, hacen entrever que es posible avanzar con rapidez hacia definiciones válidas y mayoritariamente asumidas, pese a las inevitables inercias presentes en un colectivo complejo como es el colectivo universitario.

Por lo que a la crisis de confianza se refiere, me atrevería a afirmar que en Cataluña, aun estando también presente, está muy mitigada por la propia dinámica político-social de los últimos años. Si bien es verdad que podemos detectar cierta desconfianza en determinados sectores sociales hacia las capacidades de la universidad, también lo es que la Universidad goza todavía de un alto prestigio social y

se mantiene la confianza en que Cataluña y su comunidad universitaria sabrán aprovechar el margen de autonomía, escasa pero real, que las leyes españolas le otorgan, y podrán desarrollar una universidad eficaz moderna y adaptada a las necesidades de hoy.

Por fin, la crisis de medios es, ésta sí, especialmente grande entre nosotros. Las Universidades que la Administración del Estado traspasó a la Generalitat de Cataluña sufren grandes carencias, especialmente por lo que se refiere a inmuebles, infraestructura y equipamientos. Y además, las dotaciones económicas disponibles, aún siendo elevado en términos absolutos, son relativamente muy escasas para las necesidades a cubrir. Debe decirse, aunque por obvio parezca un tópico, que la enseñanza universitaria, si se desea de calidad, exige un esfuerzo social y económico muy fuerte ya que el número de estudiantes universitarios es muy alto (137.000 en Cataluña en el curso 1986-1987) y tiende a crecer considerablemente en los próximos años.

Por otro lado, si se tiene en cuenta que las cantidades destinadas a las universidades de Cataluña en el presupuesto de la Generalitat se sitúan por encima del doble de las dedicadas a la mayoría de los Departamentos de la misma Generalitat se comprende claramente que la problemática económica universitaria, dada la estructura actual de la financiación autonómica, sólo puede tener una solución viable en el nivel de las finanzas estatales, ya que la posibilidad de aumentar el gasto en el presupuesto de la Generalitat está fundamentalmente subordinada al gasto

previsto en los presupuestos de la administración del Estado.

El gobierno del Estado (que se ha reservado además importantes competencias en el campo universitario, como por ejemplo la regulación del acceso estudiantil a la universidad) es la única instancia que puede y debe resolver las disfunciones del sistema universitario español que, según reciente definición de un prestigioso economista, "ha colocado a la Universidad Española, por lo que se refiere a número de alumnos en tasas académicas, en la situación de una Universidad propia de una comunidad en condiciones económicas holgadas, cuando no es éste, ni mucho menos, el caso de España".

Desde el gobierno de Cataluña y desde las propias universidades se puede influir positivamente en esta crisis, procurando una optimización y aumentándolos en la medida de las propias posibilidades presupuestarias, que serán sin embargo, siempre, relativamente escasas, e incidiendo a la vez en las instancias políticas estatales en que se participa, para conseguir que la Administración del Estado enfoque el problema con coherencia y eficacia.

La convicción de que en el mundo actual no hay expansión económica sin formación universitaria de calidad, y que la adecuada inversión en la Universidad es la única garantía de futuro a la que puede asirse un país como el nuestro, provocará sin duda, queremos creerlo, la adecuada movilización de nuestras fuerzas políticas y sociales para conseguir, a corto plazo, la superación de la crisis y el nivel adecuado para la enseñanza y la investigación universitaria en Cataluña. ●